



UNA BODA AL VAPOR

La escena tiene lugar en la estación de Córdoba.

El Sr. de Gomez, su señora y su hija, jóvenes de diez y ocho años, suben á un compartimiento de primera clase, ocupado ya por tres personas. Estas son el Sr. Lopez, su esposa y su hijo, de veinte años.

El tren se dirige á Málaga.

El Sr. Gomez.—Ya somos seis y es menester evitar que suban mas viajeros.

El Sr. Lopez.—Efectivamente. Vamos á colocarnos delante de las ventanillas para hacer creer que el wagon está lleno. Verá V. como con esta extratagema evitamos que nos moleste nadie.

Todos siguen el consejo del Sr. Lopez.

Ningún otro viajero trata de subir al carruaje, y parte el tren.

La señora de Gomez.—Caballero, ha tenido V. una excelente idea.

El Sr. Gomez.—Ya lo creo. Vaya V. á estar aquí siete horas prensado como una sardina de Nantes. Eso sería insoportable.

El Sr. Lopez.—Van Vds. á Málaga?

El Sr. Gomez.—Sí señor.

La señora de Lopez.—Vamos; entonces haremos todo el camino juntos. Es V. de Málaga casualmente?

El Sr. Gomez.—No señora. Es que vamos por gusto. Un viaje puramente de recreo.

El Sr. Lopez.—Pues nosotros tambien viajamos por recreo; pero tenemos algunos parientes en Málaga, y si ustedes no conocen la ciudad, yo podré indicarles las fondas ó las casas de huéspedes mas convenientes para su instalacion y todas cuantas noticias...

El Sr. Gomez.—Mil gracias. Es V. sumamente amable y acepto su oferta. *(Bajo á su señora)* Hemos tenido suerte en dar con estos señores tan amables.

El Sr. Lopez.—¿Han viajado Vds. otras veces?

El Sr. Gomez.—No; es la primera vez que salgo de Córdoba.

La señora de Gomez.—Nosotros tenemos un almacen de ultramarinos en la calle de... y es extraño que V. no lo conozca. Un gran almacen, con nuestro nombre en la muestra.

El Sr. Lopez.—Ah! si, efectivamente. Ya lo creo que conozco ese almacen.

El Sr. Gomez.—Pues bien; ya no es nuestro, porque hace seis meses que lo he traspasado, retirándome del negocio, despues de haber conseguido hacer un capitalito.

El Sr. Lopez.—Oh! amigo, Vds. han tenido suerte. Nosotros trabajamos todavia en nuestro almacen de ropas hechas, si bien nuestro hijo que Vds. ven aquí, nos reemplazará pronto en el negocio.

El Sr. Gomez.—Cómo; el señor es hijo de Vds?

La señora de Lopez.—Servidor de V.

La señora de Gomez.—Digo; pues si yo le habia tomado por su hermano de V!

La señora de Lopez.—*(Sonriendo)* Es V. muy amable

El Sr. Lopez.—Pues, como iba diciendo. Nosotros vivimos calle de... y nuestra casa se titula: «Lopez é hijo y comp.^ª»

El Sr. Gomez.—Oh! buena casa. Ya la conozco.

La señora de Gomez.—*(Bajo á su marido.)* Que tu conoces esa casa? Pues yo nunca te he oido hablar de ella.

El Sr. Gomez.—*(Bajo á su mujer.)* Yo que he de conocer! ni la he oido nombrar en mi vida; pero que quieres, despues que están con nosotros tan atentos no es cosa de... *(Alto)* Ya que V. ha tenido la bondad de presentarnos á

su hijo, yo á mi vez me voy á permitir presentarles mi niña. Virginia, saluda.

La señora de Lopez.—Oh! que guapa!

La señora de Gomez.—*(Bajo á su hija)* Niña; cuando ese joven te mire baja los ojos con modestia, pero sonrie un poquito.

Virginia.—Bueno, mamá.

La señora de Gomez.—*(Al paño.)* Un joven en actitud de casarse, no debe ser desdenado nunca.

El Sr. Lopez.—*(Bajo á su hijo.)* Teodorito; es menester que te hagas el simpático con esta familia. Ya ves que se trata de gente rica.

Teodoro.—Y V. cree que yo podré?...

El Sr. Lopez.—Pues claro, niño. Nunca debe un hombre perder la esperanza de nada.

En Bobadilla.

Una voz.—Bobadilla; veinte minutos; parada y fonda. Señores viajeros para Granada, cambio de tren.

El Sr. Lopez.—Vamos, señores. ¿No quieren Vds. tomar un bocadillo? Yo tendré mucho gusto en obsequiar á Vds.

El Sr. Gomez.—Bueno, bueno. Acepto, pero con una condicion.

El Sr. Lopez.—Cual?

El Sr. Gomez.—Que luego en Málaga han de venir ustedes un dia á comer con nosotros.

El Sr. Lopez.—Aceptado.

La señora de Lopez.—Hombre por Dios; que cosas tienes; no ves que...

El Sr. Lopez.—Vamos, vamos; déjate de etiqueta.

El Sr. Gomez.—Eso, eso; fuera etiqueta.

El tren parte de nuevo.

La señora de Lopez.—Y van Vds. á Málaga por mucho tiempo?

El Sr. Gomez.—No señora. Un mes nada mas. Tenemos que volver pronto con objeto de ocuparnos ya del casamiento de nuestra niña.

El Sr. Lopez.—O! esa ya es cosa seria. Pero hay ya partido, supongo?

La señora de Gomez.—Ca! no, señor.

La señora de Lopez.—Ya, pero tratándose de una joven tan guapa encontrarán Vds. facilmente un buen partido.

La señora de Gomez.—No digo que no; pero para ello es necesario entrar en sociedad y...

La señora de Lopez.—Si Vds. quisieran honrarnos con su asistencia podrian venir á casa los viernes en la noche, donde siempre reunimos unos cuantos amigos para tocar el pian; y tambien se baila y se hacen juegos de prendas. Es cosa de toda confianza.

El Sr. Gomez.—Con mucho gusto. Yo tambien tengo pensado dar algunas reuniones de confianza este invierno y formar un teatrillo para comedias de aficionados. Al efecto me permito contar desde luego con su hijo de Vd. para los papeles de galán joven.

Teodoro.—Si yo no he trabajado nunca de aficionado...

El Sr. Gomez.—Y qué importa? eso ha de ser en familia.

El tren entra en los túneles.

El Sr. Lopez.—Sr. de Gomez, voy á hacer á Vd. una peticion que ha de estrañarle.

El Sr. Gomez.—Amigo Lopez; Vd. es muy dueño. Pero tráteme Vd. con mas confianza, llamándome Gomez á secas.

El Sr. Lopez.—Aceptado y esa prueba de confianza y simpatía me alegra sobremanera. Mi querido Gomez, quiere Vd. concederme para mi hijo la mano de su hija?

El Sr. Gomez.—Con muchísimo gusto. Tengo la seguri-

dad de que su hijo de usted hará feliz á mi Virginia.
La señora de **Lopez**.—Mi Teodoro no tiene un vicio si-
quiera.

La señora de **Gomez**.—Y mi Virginia ni un defecto.

El Sr. **Gomez**.—Vamos á unir dos ángeles.

El Sr. **Lopez**.—En confianza: ¿les ha chocado á Vds. mi
franqueza?

El Sr. **Gomez**.—Todo lo contrario. Precisamente es co-
sa que me causan horror todos esos preliminares tan fasti-
diosos como ridículos de una boda. Esta ha tenido la ven-
taja, precisamente, de ahorrarme pensar á la vuelta en el
negocio de buscar marido para mi Virginia.

El Sr. **Lopez**.—Tambien es casualidad habernos reuni-
do todos de un carácter tan igual y tan llano.

Teodoro.—(*Bajo á su padre*) Pero es chocante que me
vaya yo á casar con esa señorita y todavia no le háya di-
rigido la palabra. Déjeme V. pasar para decirle alguna co-
sita.

El Sr. **Lopez**.—Vamos, estate quieto, que ya tendrás
tiempo cuando os caseis.

En Málaga.

El Sr. **Lopez**.—Ea; gracias á Dios que llegamos. Por su-
puesto que nadie vá ya á la fonda. Yo presentaré á Vds. á
mis parientes y allí nos arreglaremos todos.

El Sr. **Gomez**.—Hombre, yo sentiria ..

El Sr. **Lopez**.—Nada, nada. Al contrario. Vds. serán re-
cibidos como futuros parientes y. . . pero antes quiero ha-
cerles una proposicion.

El Sr. **Gomez**.—Cuál?

El Sr. **Lopez**.—Que tendria mucho gusto en que todos
nos tuteáramos.

El Sr. **Gomez**.—Accedo á todo lo que tú quieras.

SANSON.

CARTAS CURSIS

Mi querida Matirde: No sé si por eferto de la ca-
lor ó porque pasáran ya las calores, el caso es que
se me ha secado la maceta de armines y no puedo
seguir enviándotelos para las visnagas.

Anoche te la perdites. Estuvieron acá todos los
amigos y Pepito el alferez, que se pasó tambien con
nosotros toda la tarde comiendo tamurces.

Imilia tocó el piano y yo canté la danza de «Cuan-
do salí de la Habana» y el aria de la Traviata y es-
tuve varsando toda la noche con Antónito, hasta
que se amareó y tuvo que gomitir un poquillo;
pero no fué nada de particular. Mi mamá le hizo
una taza de yerba Luisa y se puso bueno porque
sudó mucho. Yo creo que mas bien que del var fué
de tanto ajoblanco como cenó, porque estaba llena
la Sangradera y se comió mas de la mitá y cerca
de una libra de uvas.

Yo no tomé mas que un manojillo de boquero-
nes y un poquito der queso que tu mas regalado,
por lo que te doy las gracias:

Se me orvidaba que Elena tamien cantó la ro-
manza der bien perdido y Cicilia las penas del ar-
ma, y muy bien por cierto, que ya sabes que siem-
pre me dan ganas de llorá cuando se las oigo.

Tambien vino er de la corbata belde. Ya sabe
quien quiero decir; y er tonto de Rafael que no que-
ria nada más que hacer la sierra con la boca y pegá
rebuznos toda la noche. Luego se puso á hacer tí-
teres y rompió una silla y tiró er veladó, con lo cual

se puso papá muy furioso, que á mí me dió fatiga
de las cosas que le dijo, pues es muy chocante y
siempre mete la pata el tal.

Cuidado que no fartes otro dia porque Antónito
quiere que cantemos las dos er duo de Safo, pues
dice que le gusta tu mucho mas que Elena que pa-
rece una gata maullando y que se sale siempre der
compás.

Esta noche vamos á il á comer guñuelos á la
Virtoria y luego al ardin que está aquello muy her-
moso, y luego dice que irá Pepito. Yo creo que no
quiere venir con nosotras por no pagar las sillas,
como el otro dia, que estuvo hablando con la mugé
y seria porque no llevaba dinero.

Que te pongas güena pronto y vengas.

Adios, no puedo ser mas larga porque estoy
acabando er relajo de mi mamá y ya má llamado
cuatro veces. Tu amiga,

LEONOR.

DESENCANTO

Presenciando el sufrir de amados seres,
Con angustia en el alma,
Sin divisar rosados horizontes
Ni un hora de bonanza;

Nube de tempestad, madre del rayo,
Pesada, oscura, densa,
Viendo flotar en torno de las sienes
Ahogando las ideas;

Ilusiones, placeres, esperanzas
Trocados ver en humo
Que el corazon cual pebetero arroja,
Quemándose á su influjo;

¿Y esto vivir se llama? ¿La existencia
No tiene mas encantos?
¿Aire y luz y fragancia y armonía
Fueron solo un engaño?

El alma un dia, búcaro que encierra
Primaverales rosas,
Quiébrase entre combates é infortunios;
Aquellas se deshojan.

Mas no mueve el espíritu; padece,
Se agita en sus borrascas;
Mar de oleaje laborioso, inquieto
Desconoce la calma.

Contrarios vientos sin cesar lo impelen,
Relucha con violencia,
Ya murmura, ya gime, ya amenaza,
Y descende y se eleva.

Pielago inmenso de amargor constante
Sin cesar se embravece:
Mas apagar no alcanza con sus olas
El faro de la fé que Dios enciende.

UNO.



Al tenor de los ferros



El maestro del hotel



un guia de los paises



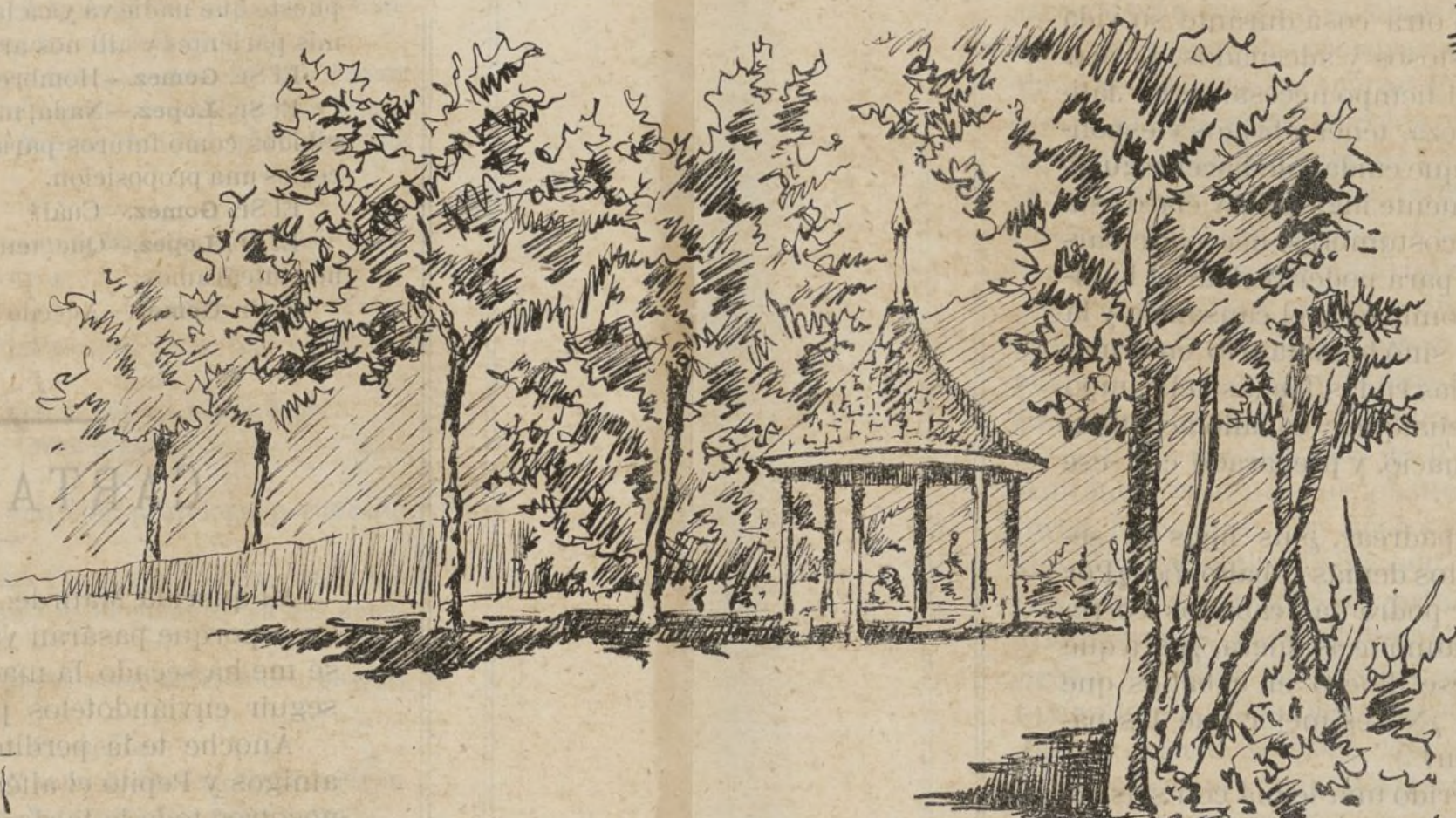
Restaurante al sexo bello



mi lalanduere



ya estamos en Francia



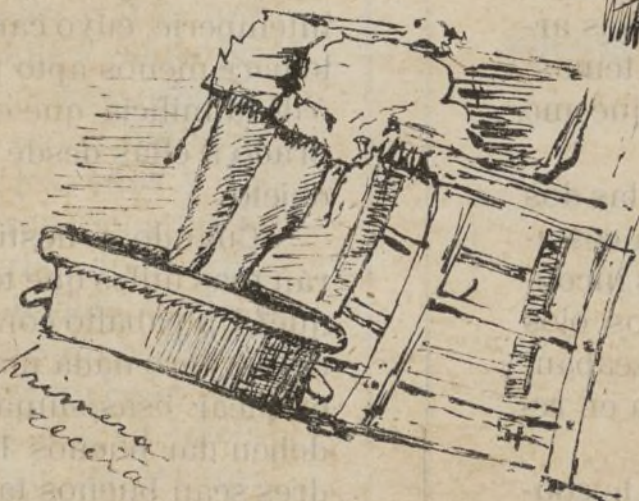
Paseo horizontal aqui la conocí!



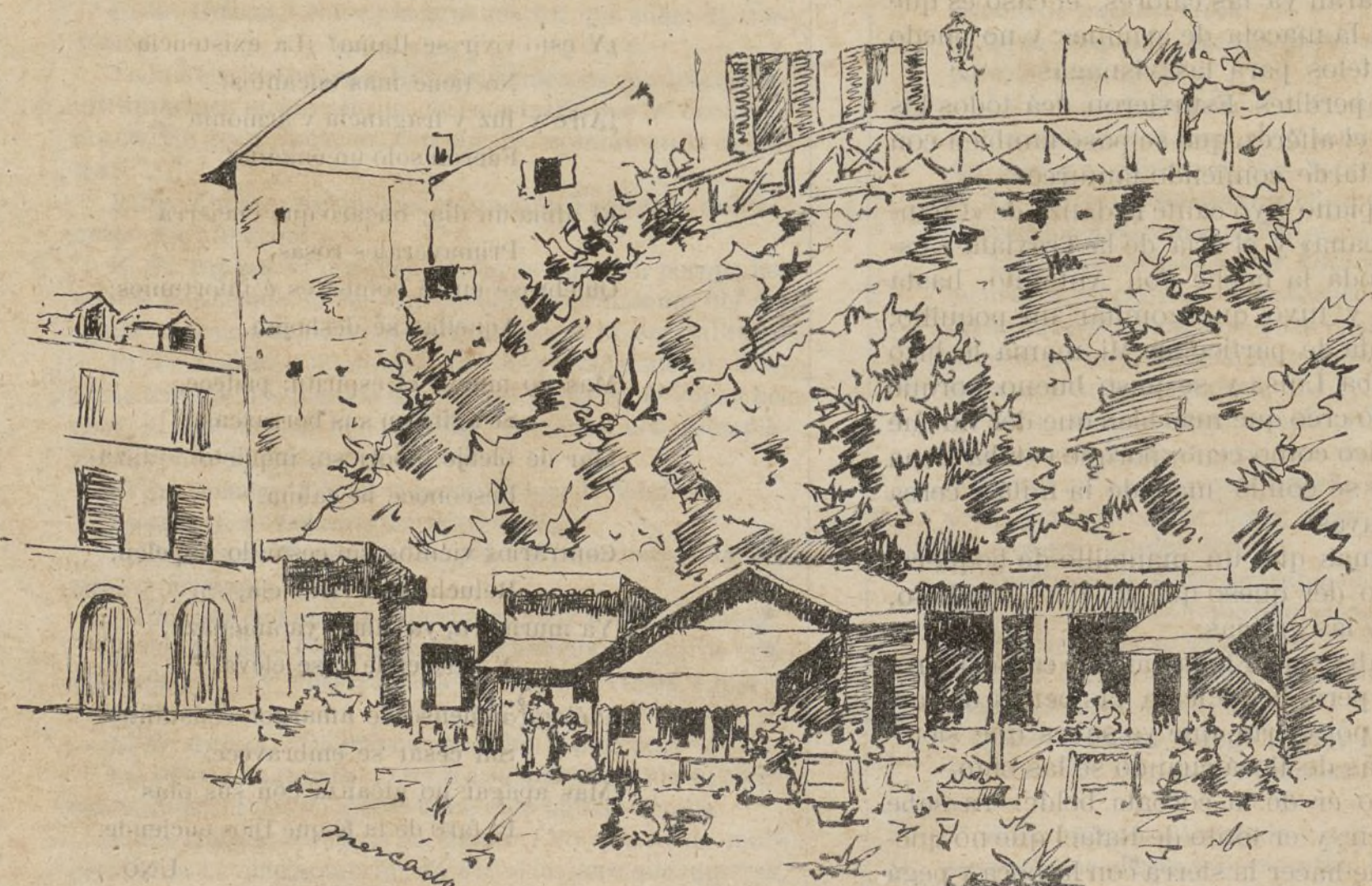
Como bien y de da buena vida



Un Comodoro de viajes



muera recia



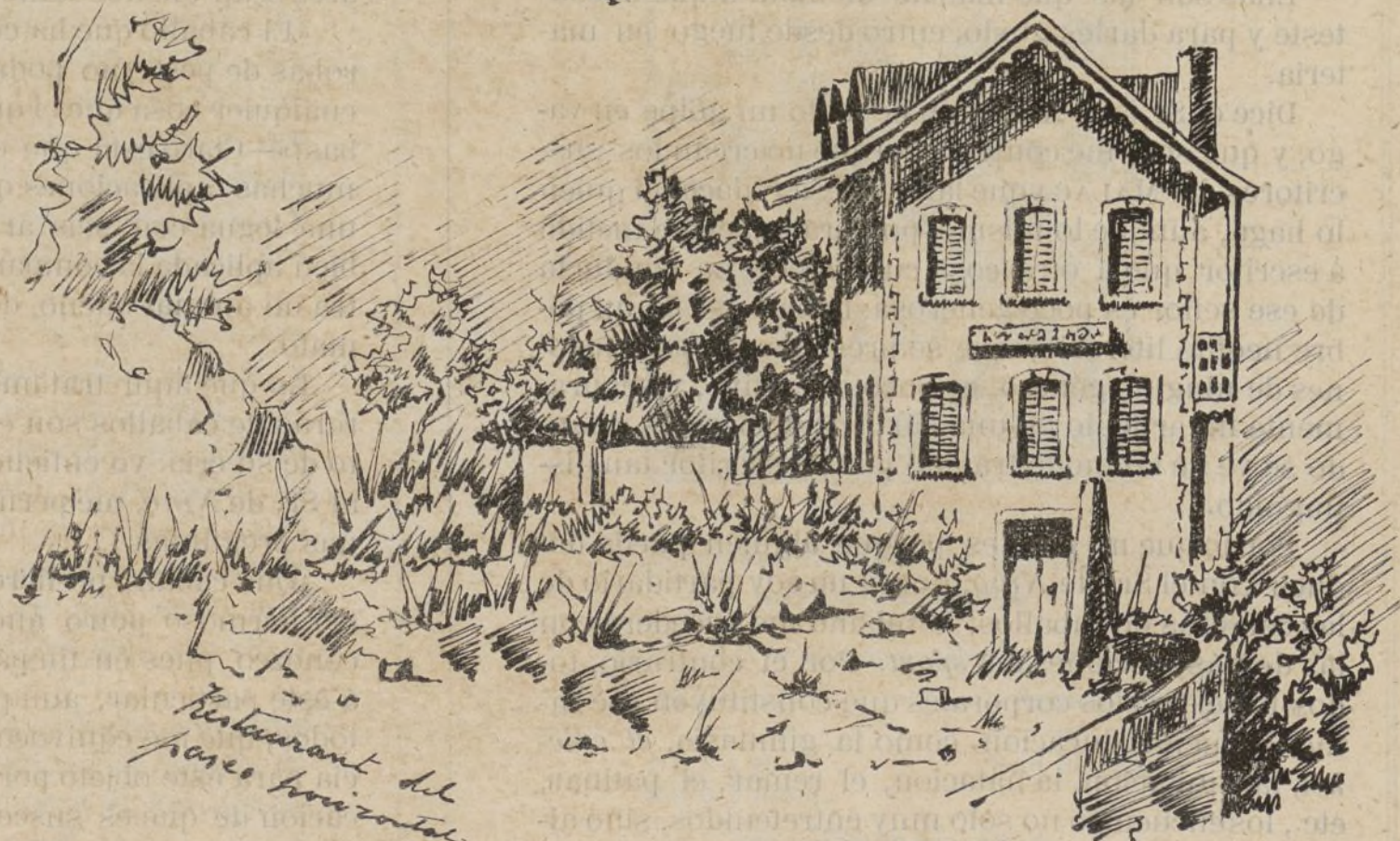
mercado



yo empuje en paz vivia



el doctor



Restaurante del paseo horizontal

AGUAS-BUENAS.—Recuerdos de viaje, por J. Ortiz Landaluze.

Ayuntamiento de Madrid

LAS CARRERAS DE CABALLOS

Sr. director del MÁLAGA.

Muy Sr. mio: Al llegar á mis manos el número de su distinguido periódico en que venia inserta mi carta, al ver mis pensamientos escritos en letras de molde, al considerar el sin número de inteligencias que estarian en aquel momento juzgando el producto de la mia, unos con benevolencia y otros con la mas severa critica, sentí una emocion que me seria difícil explicar. Desde entonces he perdido el sueño y el apetito, (de lo cual se han alegrado bastante en casa) porque yo me decia:—«Van á contestar mi artículo; es decir, que á los primeros pasos que doy en ella, la florida senda de la literatura vá á convertirse para mí en árido campo de batalla; y mis enemigos no son ciertamente escritoruelos de tres al cuarto, sino personas ilustradas que ya tienen hecha una reputacion en las letras, y conquistado un nombre, como son todas las que componen la redaccion del MÁLAGA, pero no importa, lucharemos y si me dicen, *esto*, yo les contestaré, *lo otro*;» y crea V. que, para mis adentros, casi siempre salia yo victorioso.

Pero ¡ay, señor director de mi alma! El Sr. de *Nino* me ha dado una estocada que me ha herido hasta el fondo, y me ha hecho romper los diez y seis artículos que tenia empezados sobre diversos temas; y, sin embargo, yo le perdono todo el daño que me ha causado.

Así lo perdonaran mis niñas; ya sabe V. las dos mayorcitas, que estan hechas furias, y me ha costado gran trabajo convencerlas de que tenia sus inconvenientes el ir á esa redaccion para sacarle los ojos á todos los redactores del MÁLAGA, como deseaban, principalmente á *Nino* por su complacencia en repetir lo de *cursilistas*.

Ellas son las que mas me instigan á que le conteste y para darles gusto, entro desde luego en materia.

Dice el Sr. de *Nino* que he dado un golpe en vago, y que solo me contesta porque no crean los suscritores del MÁLAGA que falta en esa redaccion quien lo haga, aunque lo mismo pudiera haberme metido á escritor que á otra cosa cualquiera. La conducta de ese señor es poco generosa: hablar así de un pobre neófito literario, que se presenta sin pretensiones de ningun género, es poco caritativo, y seguramente mi artículo es una sarta de disparates cuando se vé de tal modo tratado por un escritor tan distinguido.

Por lo que no paso es porque alguien pueda deducir con el Sr. de *Nino*, que si no soy partidario de las carreras de caballos, lo mismo me sucederá con las demás secciones del *sport*. Por el contrario, todos los ejercicios corporales que constituyen ese ramo de buena educacion, como la gimnasia, el *cricket*, la equitacion, la natacion, el remar, el patinar, etc., los encuentro no solo muy entretenidos, sino altamente higiénicos y apropiados para curar dolencias y regenerar las empobrecidas naturalezas de nuestra juventud, que bien lo necesitan. Harto sen-

sible es que nuestros gobiernos no se hayan penetrado todavia de la bondad de este procedimiento, y lo hayan establecido como obligatorio en todas las escuelas. Pero esta cuestion, apesar de su capitalísima importancia, no es del momento, por lo que paso de nuevo á nuestro asunto.

El Sr. de *Nino*, despues de decirme que me he equivocado de medio á medio, me hace las siguientes preguntas, que contesto por su orden para no olvidar ninguna.

«¿No significa nada para V. un animal que corre mil quinientos ó dos mil metros, en poco mas de un minuto, con ciento ochenta libras?»—Sí, señor, significa que es muy ligero y tiene buen pulmón.

«Cuando ese animal, inútil para las carreras y sin embargo joven y vigoroso, se destine á cualquiera otra faena, ¿no reportará infinitas ventajas sobre cualquiera otro caballo que no reuna estas condiciones?»—No, señor: porque ese caballo destinado á la carrera, no ha hecho otra cosa durante su vida que comer alimentos costosos y adecuados, pasear á horas convenientes y el tiempo necesario, no fatigarse nunca, tomar cerveza, tener abrigos y esponjas y criados entendidos que cuidan de hacerle guardar un régimen perfectamente higiénico, y claro está que cuando sale de estas costumbres, necesita crearse una nueva naturaleza para poder resistir el hambre y la sed y las malas comidas y el cansancio y la intemperie, cuyo cambio, sinó lo mata ó lo enferma, lo hace menos apto para las rudas faenas del campo ó de la milicia que otro cualquier caballo acostumbrado á ellas desde que nació, y preparado con ese objeto.

«Cuando se destine á padrear, ¿sus hijos no serán mas útiles que todos los demás caballos?»—¿Por qué? Un caballo corredor podrá dar caballos corredores, pero nada mas; y aunque así fuera, ¿para qué emplear esas sumas y ese dinero en caballos que deben dar buenos hijos? ¿No es mejor que los padres sean buenos tambien?

«El caballo que ha corrido una legua con seis arrobas de peso ¿no podrá servir mucho mejor para cualquier cosa que el que no haya hecho estas pruebas?»—Claro está que este caballo será mejor para muchas aplicaciones que el que no pueda correr una legua con seis arrobas de peso; pero no creo bien aplicada la comparacion, porque está hecha entre un animal bueno de carrera y otro cualquiera malo.

Lo que aquí tratamos de averiguar es si las carreras de caballos son el mejor medio para el fomento de su cria: yo entiendo que no, y para probárselo al Sr. de *Nino*, me permitiré á mi vez dirigirle algunas preguntas.

¿Qué caballo prefiere para paseo el inglés ó nuestro hermoso potro andaluz? Su contestacion ya la conozco, pues en un párrafo de su carta que dedica á este particular, aunque empieza diciendo como en todos, que me equivoco, le dá al cordobés la primacía para este objeto por su buena estampa y la educacion de que es susceptible.

¿Cual cree mas apropiado para el tiro de carruage, el pura sangre inglés ó la yegua normanda? ¿Cual prestará mejores servicios en campaña, su

favorito ó esos caballos cosacos y húngaros que él mismo menciona? ¿Cual tendrá mejor aplicación en la agricultura, el caballo de carrera ó el que se halle destinado, en igualdad de clase, á estas faenas?

De otro modo bien diferente entienden la educación del caballo esos árabes y beduinos que el firmante de la carta cita como modelos, y á este propósito le referiré una anécdota, que si no es verdadera, puede muy bien serlo.

He leído no sé donde que unos ingleses fueron á Africa con objeto de implantar allá su diversion favorita, en la seguridad de que con ella ganarían cuantiosas sumas.

Con efecto, no tardaron en encontrar varios árabes, que estaban á las puertas de sus tiendas entretenidos en no hacer nada y no lejos se hallaban sus respectivas cabalgaduras. Los ingleses les dieron á entender su pretension, que fué inmediatamente aceptada por los beduinos, los cuales empezaron desde luego á ensillar sus caballos, pero los hijos de Albion se apresuraron á hacerles notar que ellos necesitaban preparar los suyos durante algunos meses, para ponerlos en buen estado de correr: grande fué la extrañeza y mayor la risa de aquellos hombres del desierto ante una exigencia tan inesperada, y así, digeron á sus contendientes que fuesen á buscarlos cuando quisieran, que ellos y los suyos se hallaban siempre dispuestos. Tratóse después de la distancia que correrían, y los árabes propusieron estar corriendo durante veinte y cuatro horas; pero los ingleses aseguraron que sus caballos no podrían resistir mas de tres ó cuatro minutos: aquí fué donde mas se obstinaron los unos y los otros, hasta que por fin consiguieron ponerse de acuerdo, conviniendo en que correrían dos horas. Llegado el plazo que los primeros habían fijado y dispuesto todo para emprender la lucha, apenas fué hecha la señal de partida, que los ingleses desaparecieron como por encanto; tal era su velocidad: al cuarto de hora, sin embargo, los alcanzaron los árabes y aun los pasaron: al cumplirse las dos horas tuvieron que esperar mucho tiempo antes de ver llegar á los europeos al paso de sus jadeantes jacos, que iban cubiertos de espuma y sin poderse mover, en tanto que los caballos africanos se hallaban muy descansados, dando saltos y corbetas, y perfectamente dispuestos á correr otro tanto.

Pues bien; esta creo yo que es la mejor manera de comprender la misión de esos nobles brutos, y aunque el Sr. de Nino estima que todos deben destinarse á carreras y que los desechados podrán aplicarse á otro cualquier objeto, yo no estoy de ninguna manera conforme con su criterio, pues por bueno que sea el caballo de carrera para otras faenas, claro, lógico, evidente es que será mucho mejor el que para esas faenas esté nacido y criado.

Ahora bien: ¿cómo reporta un caballo mayores beneficios á la sociedad, corriendo media docena de veces al año, ó dedicado á cualquiera de los distintos usos que venimos mencionando?

Pues entonces, dedíquense los ganaderos y aplíquense esos cuantiosos capitales á obtener caballos

fuertes, hermosos, ligeros, ágiles y sóbrios, y si alguno no sirve para el tiro, ni ejército, ni paseo, ni agricultura, destínese en buen hora para caballo de carrera.

Todo suyo afectísimo S. S.

MANUEL ROMERO.

¡ALMA SENSIBLE!

La baronesa de Z... contrajo segundas nupcias. El retrato del esposo difunto se encontraba en el sitio preferido del salón: todas las semanas la baronesa hacia decir una misa á su primer esposo: todos los meses visitaba su tumba: todos los años le dedicaba un jubileo.

Esto cansa al segundo marido, quien exclama un día:

—Pero, muger, tu conducta es extraña, eres demasiado...

—Esto te probará, dice la baronesa sollozando, lo mucho que sentiré tu muerte y lo que haré en tu memoria.

PEPIN.

PASATIEMPO

Solucion á la charada inserta en el número anterior.

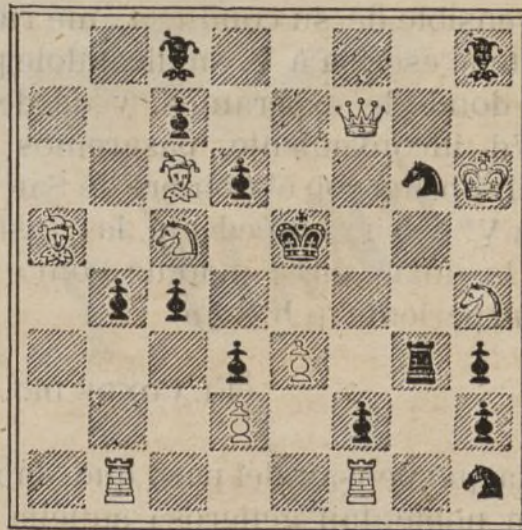
CAMINO.

AJEDRÉZ

Problema número 9.

Por A. A. (Málaga).

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en dos jugadas.

SOLUCIONES

Al problema número 8.

BLANCAS.

NEGRAS.

1-D 1 A R
2-D ó T mate.

1-ad libitum.

SOLUCIONES EXACTAS.

D. B. Hernandez; D. R. Rodriguez; D. J. Rosado; D. N. de la Torre; D. M. C. del R.

AUREA

NOVELA POR C.

(Conclusion)

Pasó el invierno con sus tristezas, y la alegre primavera me cogió indiferente á las bellezas de la natura: mi alma estaba demasiado impresionada para ocuparse de otra cosa que de mi amor perdido y de mis ilusiones desvanecidas.

XIX

Un día que paseaba lánguidamente por el jardín de mi casa, me entraron una carta con timbre de Cádiz: la abrí con mano trémula, y lei lo siguiente:

Sr. D. Eduardo San Martin.

Muy distinguido señor mio: enterado por casualidad, de la estraña conducta de mi sobrina Aurea para con V., he hablado largamente con ella respecto á este asunto, en el que la mas esplicita confesion me ha puesto de manifesto sus sentimientos.

Si Aurea ha podido ofender á V. con un silencio guardado desde Florencia, correspondiendo de una manera desleal al franco y sincero cariño que V. le ofrecia, no lo achaque V. á desamor; Aurea adora á V. hoy mas que nunca, y así me autoriza á que se lo diga.

Alhagada en un principio por la nueva vida en que entraba: embriagada por la atmósfera de la alta sociedad, que por primera vez frecuentaba, pudo aturdirse, y olvidar sus amores; pero hoy que su madre y yo la hemos aconsejado, reprochándole lo incomprensible de su conducta, me ruega encarecidamente le escriba á V. suplicándole pase á esta ciudad, donde le esperamos, y desde donde, si no tiene Vd. inconveniente, pasaremos á Madrid, cubierta mi sobrina con el nombre de San Martin.

Ruego á V. se sirva acceder á las instancias de Aurea y á las mías, ofreciéndome como su atento y afectísimo pariente q. b. s. m.

EL CONDE DEL PLESO.

No sabia qué pensar del paso que daba el Conde: era tan noble, tan generosa aquella conducta, que casi dudaba de su sinceridad, continuó dicién-

do mi amigo Eduardo, y difícilmente hubiera accedido á su peticion, sin una *postdata* que habia al pié, escrita con una letra menudita y clara que me era sumamente familiar y que decia:

«Ven, Eduardo, ven.

Te ama y te espera, tu

AUREA».

XX

Al leer aquellas palabras, una conmocion eléctrica recorrió mi cuerpo. Olvidé toda mi prudencia, mis males, mis celos, todo en fin, para pensar en ella. Las estúpidas ideas de orgullosa venganza que al leer la carta del Conde se habian presentado en mi cerebro, desaparecian como por encanto ante una palabra de aquella niña, dueña de mi vida y de mi porvenir: ya no me acordé mas que de ella, de ella que me llamaba, hablándome de su amor.

Decidí marchar á Cádiz, y hème aquí en su rada.

XXI

En aquel momento anclábamos: el estrepitoso ruido de las cadenas y poleas nos anunciaba que habiamos dado fondo, y poco despues se llenaban los requisitos previstos en la ley de aduanas.

Recogimos nuestros equipages, y á poco pisábammos las baldosas del muelle.

Acompañé á Eduardo á la fonda de Paris, y apretándole la mano, le dije:

—Adios y sé dichoso.

—¿Quieres ser mi padrino?

—Pues qué, ¿no tienes pensado en alguno?

—No; y es mas, como en esta ciudad no conozco á nadie, me harías un señalado favor.

—Pues bien, acepto, y yo en persona te conduciré al sacrificio: cuenta conmigo.

XXII

Ocho dias mas tarde se unian Aurea y Eduardo con el indisoluble lazo que los habia de encadenar para siempre. La iglesia de San Antonio brillaba como un áscua de fuego, y la buena sociedad gaditana, convidada por el Conde, asistia al acto, con sus mejores trajes de gala.

Aquella misma noche salian los felices cónyuges para una preciosa quinta de recreo que poseía Aurea en Osuna.

Despues no he vuelto á saber de ellos: quizá á estas horas se habrán tirado ya los platos á la cabeza.



REGALO Á LOS SUSCRITORES DEL
SEMENARIO ILUSTRADO



Palabras de
D. JOAQUIN MORENO DEL CID.

Propiedad

Musica.
DEL MAESTRO D. E. OCON.

BARCELONA.
VALENTIN DE HAAS, EDITOR.

Rambla del Centro, 26.

Musica, Pianos é Instrumentos.

LA ESTRELLA DEL DESTINO

PALABRAS
DE
D. JOAQUIN MORENO DEL CID.

MELODIA.

MUSICA
DEL
MAESTRO D. EDUARDO OCON.

CANTO.

PIANO.

Andante.

p

rall:

Es - tre - - lla ni - ti da! Es - tre - - lla mà - gi ca! ¿Por

que lu - ces tan tetri - ca? ¿Por que bri - llas tan pà - li - da? Tris - te des -

ti - no, a - y! me pre - sa - gias.

ten:

V. 6. H.

The musical score is written for voice (Canto) and piano (Piano). The key signature has three flats (B-flat, E-flat, A-flat) and the time signature is 3/4. The tempo is marked 'Andante'. The piano part begins with a piano (p) dynamic and includes a 'rall:' (rallentando) marking towards the end of the first system. The vocal part enters in the second system with the lyrics 'Es - tre - - lla ni - ti da! Es - tre - - lla mà - gi ca! ¿Por'. The piano accompaniment continues with a steady eighth-note pattern. The vocal part continues with 'que lu - ces tan tetri - ca? ¿Por que bri - llas tan pà - li - da? Tris - te des -' in the third system. The piano accompaniment remains consistent. In the fourth system, the vocal part has a 'ten:' (tenuto) marking over the notes 'ti - no, a - y! me pre - sa - gias.' The piano accompaniment features some arpeggiated chords and moving lines. The score concludes with a 'V. 6. H.' marking at the bottom.

As - tro pu - ri - si mo Es - tre - - lla càn - di - da Si - tras nu - bes fa -

- ti - di - cas ve - las tu luz sim pa - ti - ca Ne - gros pe - sa - res

ten:
nu - blan mi al ma. Mues - trate fùl - gi - da

mues - tra te pla - ci - da que al ver te me - lan - cò - li - ca Mis o - jos bro - tan

la grimas Yen tu a - le - gri - a Le - o mi es pe - ran - za.

V. G. H.

